

JUAN Marichal es uno de los grandes intelectuales de la cultura española de ahora mismo. Exiliado a causa de la guerra civil, profesa desde hace años en la prestigiosa Universidad norteamericana de Harvard, pero toda su carrera intelectual ha estado vinculada al tema español. El mismo se ha definido como un español de ultramar. Su obra es una aportación irrenunciable para una comprensión veraz de la vida nacional en los dos últimos siglos.

En los últimos años, Marichal viene con frecuencia a España. Para los lectores de TRIUNFO, la figura y la obra de este importante ensayista son bien conocidas. A primeros de año, Marichal estuvo en Madrid, donde desarrolló, en la Fundación March, un curso sobre "Cuatro fases de la Historia intelectual hispanoamericana (1810-1970)", que constituyó un relevante evento cultural de la capital de España.

Optimismo democrático

En sus visitas españolas, Marichal no sólo tiene la oportunidad de mantener un contacto directo con el público español, sino también la de contrastar sobre el terreno la evolución de la vida pública española. Ahora se encuentra reintegrado a sus tareas docentes en la Universidad de Harvard. Allí obtuvo TRIUNFO estas declaraciones del profesor Marichal.

—¿Cómo ve la evolución del proceso democrático español? ¿Ha observado progresos o retrocesos entre sus últimas visitas?

—Mire usted, cuando estuve en Madrid hace ahora exactamente dos años, en marzo del setenta y seis, algunos amigos me manifestaron su sorpresa por el optimismo de mi artículo "El tránsito hacia otra España", recién publicado entonces en "Cuadernos para el diálogo". Le aclararé que ese artículo lo escribí a petición de Octavio Paz para la revista que él dirigía en Méjico, "Plural", y allí se publicó primero en diciembre del setenta y cinco. Y también me tacharon de optimista entonces los amigos españoles de

UN ESPAÑOL DE ULTRAMAR JUAN MARICHAL

"El renacer de la democracia continúa la historia cercenada en 1939"

PEDRO FERNAUD

Méjico. Pues bien, han pasado dos años, y ahora, en cambio, me dicen, tanto mis amigos de Méjico como de Madrid, que acerté en el pronóstico. Desde luego, y respondo directamente a su pregunta, sigo siendo optimista. Porque, en verdad, el balance político español del año mil novecientos setenta y siete no puede ser más favorable para las esperanzas democráticas que han sostenido a tantos españoles, dentro y fuera de España, durante los largos años del caudillismo.

La Generalidad, un símbolo

—Podría —prosigue Marichal— citar muchos hechos y datos de todos conocidos, pero basta que tomemos un acontecimiento muy simbólico, la restauración de la Generalidad catalana. Para mí, es quizá el suceso histórico de mil novecientos setenta y siete más revelador de las singulares características de los recientes cambios españoles. Porque en la Historia moderna de Europa no se encuentra un episodio semejante. Fíjese en que la restauración de la Generalidad ha representado el reconocimiento, por la nueva Monarquía, de una autoridad institucional emanada de la segunda República; porque nadie puede negar que el presidente Tarradellas encarnaba en el exilio la continuidad de la principal institución de la segunda República en Cataluña. Y no está de más recordar que fue en la Embeja-

da de la segunda República en Méjico donde Tarradellas, en mil novecientos cincuenta y cuatro, fue investido con la presidencia de la Generalidad. Claro que se me podría objetar que el retorno de Tarradellas ha sido posible por la conjunción de muy diversos factores políticos. Yo lo admito, pero esto no puede ocultar la innegable significación histórica de la restauración de la Generalidad, de una institución clave de la segunda República.

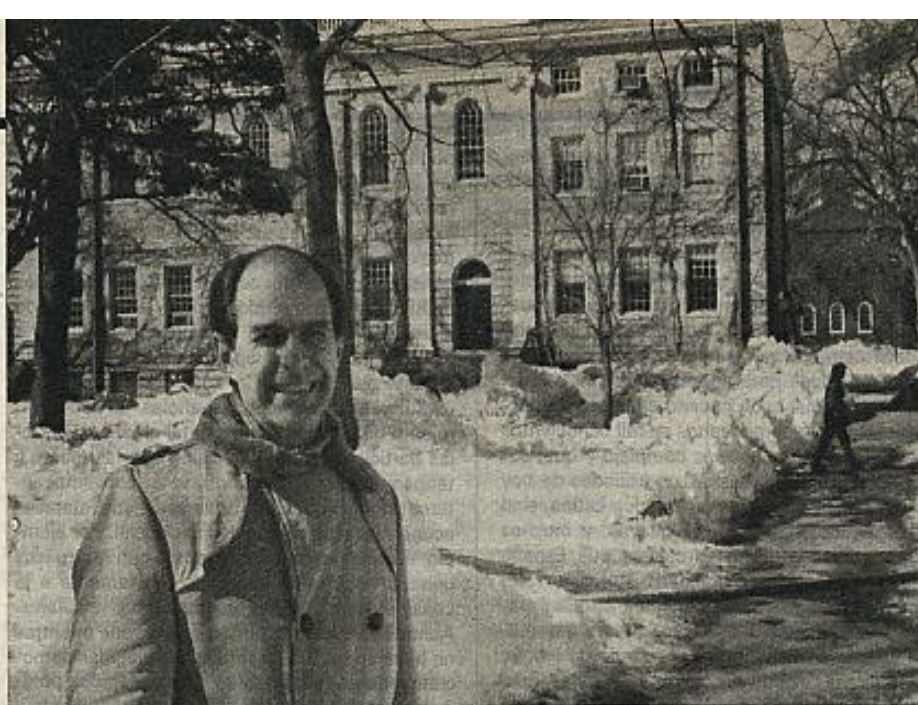
La "obstinada estirpe" de los republicanos

—Desde su perspectiva de republicano histórico, ¿cómo ve el proceso de consolidación de la Monarquía de don Juan Carlos? Y, ¿qué opina del voto particular republicano del PSOE respecto al artículo primero del anteproyecto constitucional?

—Para contestar a su pregunta me voy a remontar a una expresión del marqués de Valmar, un erudito del siglo pasado. Hablando Valmar de algunos poetas liberales, se refería a lo que él llamaba "la obstinada estirpe doceañista", o sea, los liberales que todavía a mediados del siglo XIX seguían proclamando su lealtad a la Constitución de mil ochocientos doce. Pero yo mantengo que, gracias al empeñamiento de aquellos doceañistas, a su reiteración machaco-

Duelo del entierro del general Lukacs, Valencia, 1937. De izquierda a derecha: Álvarez del Vayo, García Oliver, Negrín, Prieto, Hernández y el coronel Rojo.





Juan Marichal en el patio de Harvard, con University Hall (edificio del siglo XVIII) al fondo.

na de los principios humanitarios del liberalismo inicial, fue posible el régimen de convivencia parlamentaria que tuvo España entre mil ochocientos setenta y seis y mil novecientos veintitrés. Esto lo sabía Cánovas, el gran afianzador de la Monarquía constitucional, y por eso acopló, en la designación de su partido, los términos opuestos de "liberal" y "conservador".

"Yendo ahora —puntualiza— al grano de su pregunta, le diré que ha habido en los últimos cuarenta años otra "obstinada estirpe", la de los republicanos, que han reiterado machaconamente, desde mil novecientos treinta y nueve, su lealtad a la Constitución de mil novecientos treinta y uno. Y, gracias a esa obstinada estirpe republicana, se ha preservado en incontables españoles aquel espíritu de mil novecientos treinta y uno, aquella gran esperanza que encarnó la segunda República. Y me atrevo a sostener que el pasado quince de junio fueron muchos, quizá varios millones, los españoles que, al poder ejercer el derecho fundamental de una democracia, sentían que estaban continuando la Historia de España, la Historia cercenada en mil novecientos treinta y nueve. Es, además, evidente que la restauración monárquica no habría sido un comienzo efectivo del régimen parlamentario sin la participación de las organizaciones políticas legatarias de la segunda República. La resistencia misma que opusieron algunas personas gubernamentales a la legalización del partido más simbólicamente republicano, ARDE, fue algo más que el temor a una organización potencialmente perturbadora. Fue sencillamente el gesto casi irracional de unos hombres educados en la enorme usurpación que fueron los años del caudillismo. Yo espero que en un día no lejano se reconozca lo que debe la democracia española renacida en mil novecientos treinta y siete a los representantes de la legalidad republicana que en el exilio mantuvieron tan desprendidamente, tan quiétescamente, los principios constitucionales de mil novecientos treinta y uno. Vengo a reiterar, en suma, lo que ya expuse el quince de julio pasado en "El País", en mi artículo "La legalización de la Historia". Esto es, reitero que es preciso que haya actos legales, gestos oficiales, que dignifiquen a todos los españoles que contribuyeron a hacer posible este renacimiento de la democracia española. Un gesto reciente del Rey, la corona de flores ofrecida a la memoria

de los republicanos españoles sacrificados en Mathausen, podría ser el comienzo simbólico de todos los reconocimientos oficiales que han de verificarse para afianzar la paz nueva en España.

Solera republicana del PSOE

—Por supuesto —continúa—, sé que no deben abrirse algunas heridas colectivas, pero son muchos todavía los españoles que esperan y merecen el gesto oficial dignificador de unos sufrimientos por una patria democrática. Y espero que el PSOE, partido de solera republicana como pocos, pueda dar forma legal en el Parlamento a los reconocimientos históricos a que aludo. En cuanto a la enmienda socialista al anteproyecto constitucional, diría que es obvio que en las actuales Cortes dominan los hombres del neo-canovismo, que están dispuestos a impedir (y cuentan con los votos necesarios) todo cuestionamiento de la legitimidad monárquica. No veo, pues, cómo puede el PSOE esperar que tenga efectividad parlamentaria la enmienda aludida.

—Desde hace algunos años está usted dedicado al estudio biográfico de don Juan Negrín, por el que siente usted una genuina admiración. En alguna ocasión, sin embargo, ha dicho usted que de momento no pensaba publicar su estudio sobre este político, pues temía que reavivara heridas todavía abiertas dentro de su partido, el PSOE, y no quería usted contribuir en forma alguna al debilitamiento de los socialistas. Pero, ¿no estima usted que conviene airear ya las cuestiones relativas a las discordias socialistas durante la guerra civil? ¿No cree, incluso, que el volver sobre estas cuestiones puede ser algo muy sano para el PSOE, y sobre todo para los jóvenes dirigentes del partido, los cuales pudieran incurrir en pasados riesgos del socialismo español? Y en última instancia, ¿no merece acaso la figura de don Juan Negrín una reivindicación hecha con ecuanimidad?

Controvertido Negrín

—Bueno, me plantea usted un asunto muy complejo, que me importa muchísimo. No sé si recuerda que en mi reciente visita a Madrid, hablé de Negrín en la Fundación Pablo Iglesias, el

veintitrés de enero pasado. Fue una ocasión inolvidable para mí y, en más de un sentido, podría decir que reforzó mi "negrinismo". Me explicaré. Al iniciarse el breve coloquio, tras mi también breve conferencia, hablaron dos veteranos militantes del PSOE en términos marcadamente contrapuestos. Don José Prat, el actual presidente de la Agrupación Socialista de Madrid y presidente honorario del PSOE, que fue subsecretario con Negrín, recordó su figura humana y política muy emocionadamente, coincidiendo con la imagen que yo había esbozado de "Juan Negrín, patriota y estadista". La intervención siguiente, de un viejo socialista cuyo nombre ignoro, fue, en cambio, una tajante negación, también expuesta con acentuada emoción. En suma, don José Prat y su correligionario socialista reiteraron una vez más las dos imágenes de Negrín que correspondían a los dos bandos socialistas de mil novecientos treinta y siete, cuando Negrín accedió a la presidencia del Gobierno, y más aún, a los bandos de mil novecientos treinta y ocho, cuando Negrín desplazó a don Indalecio Prieto del Ministerio de Defensa, y los "prietistas" se sumaron, hasta cierto punto, a los "targocaballeristas". Veía yo, pues, en aquella contraposición, mis anteriores temores sobre la conveniencia de publicar mis trabajos sobre Negrín.

"Pero —añade Marichal— en las conversaciones de aquella noche con algunos de los asistentes, muy representativos de las nuevas generaciones de socialistas, comprobé lo que ya me habían indicado otros amigos en esos días madrileños: que había llegado la hora de hablar serenamente de la significación de Negrín. Es más, y enlazo con lo que hablábamos antes, siento que uno de los reconocimientos históricos de la hora presente a que anteriormente me referí debe ser el de Negrín. Se lo justificaré muy brevemente. Si la segunda República no se hubiera defendido hasta mil novecientos treinta y nueve con la voluntad combativa encarnada en Juan Negrín, no vivría España hoy la restauración democrática iniciada en mil novecientos treinta y siete. Ni habría sido el exilio republicano la larga y noble obstinación que ha permitido al PSOE renacer con una fuerza electoral equiparable, si no mayor, que la de mil novecientos treinta y seis. En Toulouse, durante muchos años dominaron los enemigos de Negrín, que no le han reconocido, ni entonces ni ahora, que su esfuerzo por mantener la continuidad del PSOE hubiera sido imposible de haberse rendido la segunda República en mil novecientos treinta y siete o en mil novecientos treinta y ocho. Bueno, me dirá usted que me estoy propasando en mi fervor negrinista. Pero es que han abundado los libelistas de toda laya y pelaje que han querido manchar la noble figura del doctor Negrín, como antes lo hicieron también con don Manuel Azaña. Y pongo punto al asunto, afirmando la obligación del historiador a romper lanzas en favor de la verdad cuando la ve un tanto maltrecha.

Hispanismo en Harvard

Juan Marichal dicta cursos desde hace años en Harvard sobre temas hispánicos. En este año lectivo tiene su curso anual sobre "La literatura de los pueblos de lengua española" y otro sobre Historia de la España moderna, es decir, de Carlos III a nuestros días, 1759-1978. Tiene, por cierto, muchos alumnos en este último curso, cincuenta y pico. Téngase en cuenta, como referencia, que en Harvard solamente los cursos de

Historia norteamericana tienen cien o doscientos alumnos. Su curso sobre "La literatura de los pueblos de lengua española" no es un simple repaso, sino una consideración de las obras más universales de la literatura de España y de la América de lengua española.

—¿Hay paralelismos entre la Historia intelectual de España y la América Latina?

—Del mismo modo que hay una sola literatura de lengua española, la literatura de todos los pueblos de lengua española, no cabe separar la Historia intelectual de España y la América hispanolatina. Las referencias mutuas son constantes. Son muy numerosas en los tres primeros siglos, de principios del siglo XVI hasta mil ochocientos treinta, aproximadamente. Disminuyen en el siglo siguiente, de mil ochocientos treinta a mil novecientos treinta, y aumentan mucho entre mil novecientos treinta y mil novecientos cuarenta. En esos diez años, la guerra civil española y el exilio republicano operan cambios considerables en la América intelectual de lengua española. Y, claro, aumenta de nuevo la distancia entre España y la América Latina en los años del caudillismo español. Podría así decirse que las dos épocas de mayor distanciamiento han sido el siglo mil ochocientos treinta-mil novecientos treinta y el tercio de siglo mil novecientos cuarenta-mil novecientos setenta. De todas maneras, esto no puede aplicarse en forma rígida en muchos campos ideológicos. Ya que, por ejemplo, los anarquistas españoles tuvieron una enorme influencia en varios países de América, en la Argentina, en el Uruguay, y en México también. Fue también muy considerable la importancia del pensamiento de Ortega en América entre mil novecientos dieciséis y mil novecientos treinta. Sin olvidar que la Constitución de mil ochocientos doce fue un modelo para los americanos de lengua española y, de manera general, la Historia constitucional española del siglo XIX se reflejó en algunos países de América Latina. Insistiendo en los dos períodos de menores relaciones intelectuales, el siglo mil ochocientos treinta-mil novecientos treinta fue más francés, por así decir, en la América Latina que en España, aunque en los dos lados del Atlántico contaran mucho las ideologías importadas de Francia. En lo que respecta al otro período de disminución de relaciones, las tres décadas mil novecientos cuarenta-mil novecientos setenta, han sido, en muchos aspectos, un período de acción intelectual norteamericana en la América Latina, particularmente en las ciencias sociales. En ese período, en América Latina ha empezado el poder de los sociólogos y demás especialistas de las ciencias sociales, que acaban con el predominio que tenía antes el humanismo latinoamericano en la vida intelectual y en las Universidades. En España, en cambio, las ciencias sociales han empezado a dominar hace muy poco, casi al final del caudillismo. El sociologismo tiene sus peligros, y sobre esto podría hablar mucho, pero alargaría excesivamente esta entrevista. Me conformaré con decirle, en forma forzosamente algo enigmática, que la nueva democracia española debe mantener a raya a los sociólogos y expertos políticos.

Nuevas relaciones hispánicas

—¿Piensa que la nueva situación española está influyendo en las expectativas ideológicas y en las nuevas realidades políticas de la América Latina?

—No hay duda de que estamos, en estos días, en una fase muy particular de las relaciones entre España y la América hispanolatina. Porque España, el país antiguamente dominador, y, por tanto, la encarnación misma del pasado colonial latinoamericano, se ha convertido, dicho simplemente, en el país del futuro para todos los pueblos de lengua española. Aunque, claro, no quiere decir esto que van las naciones de América a buscar príncipes para adoptar la forma monárquica, como quisieron hacerlo algunos independentistas hispanoamericanos en mil ochocientos diez. Se trata de algo más complejo y que, por otra parte, salta a la vista. Los exiliados de hoy no son los españoles en la América Latina, sino los argentinos, chilenos, uruguayos, y muchos más, en España. Todo esto hace que España tenga una gran responsabilidad histórica en relación con el futuro de la América de lengua española. Me parece, sin embargo, que no hay mucho interés en España por el mundo de lengua española más allá de sus fronteras y costas. Esto lo repetía incansablemente don Miguel de Unamuno hace setenta años, y sigue siendo verdad. Yo propondría a las personas que planeen el futuro cercano de la instrucción pública española que se estudiara, desde la escuela primaria, la Historia de la América de lengua española. En cualquier país de lengua española que visito insisto en que la Historia de los demás países de lengua española es Historia suya, historia nacional. En suma, que Unamuno les pertenece tanto a los ecuatorianos como a los vascos, y que la Historia colombiana reciente tiene que acudir forzosamente a la española de mil ochocientos ochenta y cinco, al famoso pacto de la Moncloa (1), al de entonces. En una palabra, todas las personas de lengua española de este planeta deben tener presente al empezar cada día de sus vidas y de sus actividades que somos muchos millones que hablamos español...

La cuestión canaria

—Usted es canario. ¿Qué opinión le merece la evolución última de los acontecimientos en las islas? ¿Cómo definiría una "canariedad" a la altura de los tiempos que vivimos?

—Yo soy, como se diría en Méjico, canario de hueso colorado, o sea, que me siento muy afortunado por haber nacido en una isla canaria. O como yo les digo en broma, pero sin hacer un chiste, a mis alumnos, los canarios hemos tenido la gran fortuna de pasar de la Prehistoria al Renacimiento. Pero, sobre todo, las islas Canarias han tenido la fortuna de ser una encrucijada geográfica e histórica, una región de acumulaciones culturales. Y esto nos hace a los canarios muy normales ciudadanos del mundo, dicho sin petulancia. Por supuesto, usted —que también es canario— me dirá que los habitantes de las islas llamadas menores no han tenido las mismas ventajas que los de los puertos principales como Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife. Y tendría usted toda la razón, ya que es patente la disparidad entre islas menores y mayores. Pero claro está que lo más grave de la situación canaria actual no es la disparidad aludida, sino lo que

(1) Se refiere Marichal a la promesa que Cánovas consiguió arrancarle al partido liberal de, lealtad al trono cuando Alfonso XIII agonizaba en su lecho de muerte. Fue el pacto de El Pardo, por el que se tomarían en el Gobierno conservadores y liberales hasta la mayoría de edad del nuevo monarca, Alfonso XIII. En Colombia, en la Historia reciente, pacto de Sitges, conservadores y liberales acuerdan igualmente la alternancia en el poder para acabar con la violenta inestabilidad política colombiana.

podríamos llamar disparidad geopolítica entre las islas Canarias y cualquier región geográfica (con nacionalidad o sin ella) de la Península, sin exceptuar las Baleares. Me refiero, por supuesto, a lo que es motivo de preocupación diaria en Canarias, la creciente complejidad internacional, política tanto como económica y estratégica, de la zona geográfica del archipiélago. Y vuelvo a repetir ahora lo que apunté en Las Palmas en octubre pasado, que Canarias debe exigir de las instituciones centrales españolas el establecimiento de un organismo estatal en el cual las islas participen en toda decisión que las afecte y tengan incluso el derecho a vetar convenios internacionales que sean adversos a sus intereses económicos y a su convivencia social. Por ejemplo, el reciente Tratado Pasquero con Marruecos debería haber sido sometido previamente a la consideración de las instituciones insulares. Aunque es evidente, por otra parte, que mientras no haya en las islas instituciones elegidas democráticamente, continuarán las consabidas polacadas peninsulares. Y, lógicamente, seguirán también cobrando fuerza las confusiones ideológicas de los pretendidos defensores del pueblo canario.

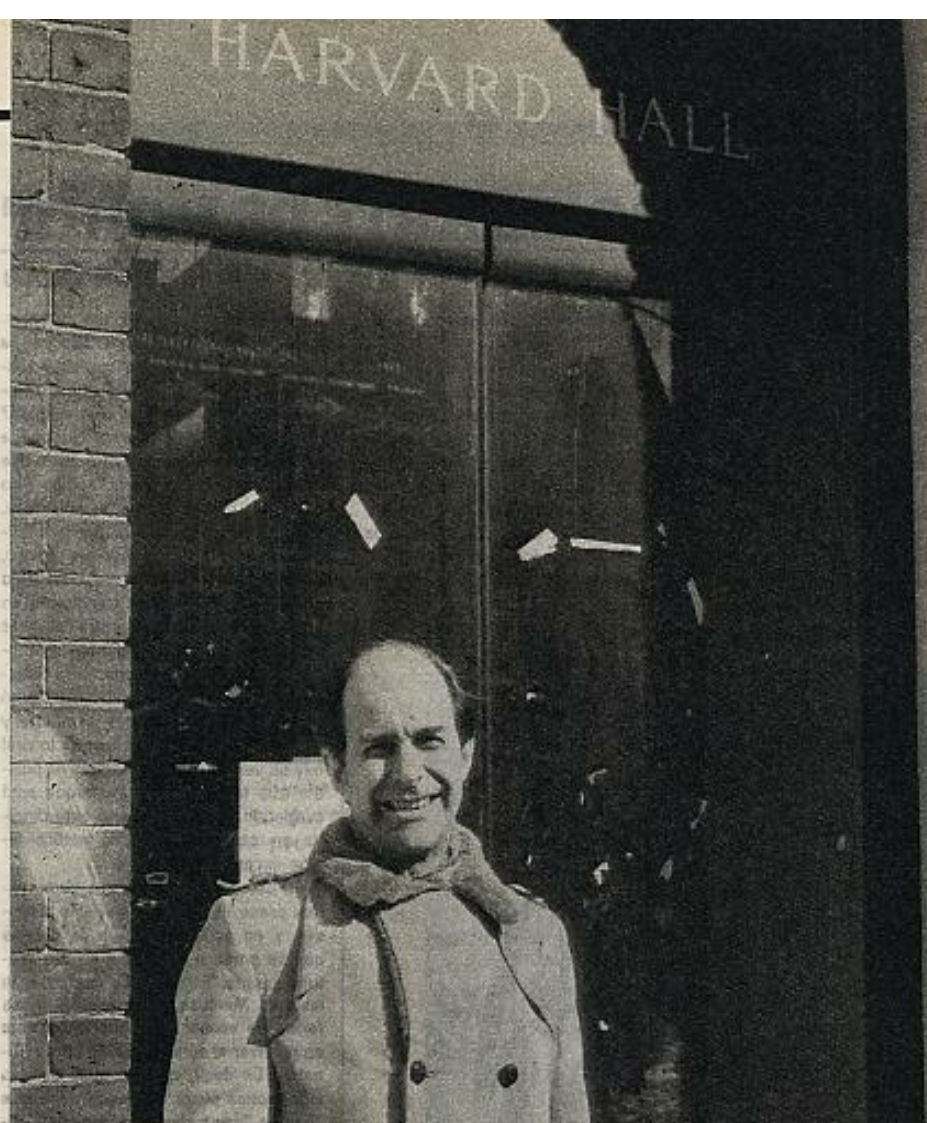
Universidad canaria

A Marichal le duele verdaderamente la situación espiritual de los jóvenes de las islas Canarias. Los estudiantes universitarios de La Laguna se ven desafiados por los catedráticos peninsulares, e incluso canarios, que consideran aquella Universidad como el más bajo peldaño del famoso escalafón, y lo abandonan en cuanto pueden. Algunos no llegan ni siquiera a ocuparlo.

—Todo esto —dice indignado— es una vergonzosa realidad, y tienen toda la razón los estudiantes. Y, claro, sólo tiene una solución, que sería muy fácil: la de transformar la Universidad de La Laguna en una institución absolutamente autónoma, es decir, completamente separada del escalafón peninsular. De ese modo, la Universidad canaria podría tener catedráticos permanentes de la categoría que merecen las islas. Por supuesto, esto querría decir que tendría derecho la Universidad a nombrar catedráticos de cualquier nacionalidad, y así podría atraer a distinguidos universitarios de la América de lengua española que están hoy en el exilio o en situación inferior en sus países. Esto me parece indispensable, pues de otro modo se podría correr el riesgo de transformar la Universidad canaria en una institución más provinciana de lo que es actualmente.

Vuelve la conversación hacia la desesperanza del joven universitario canario.

—Sí, sí —me dice—, quiero repetir de nuevo que comprendo y comparto la desesperación de los estudiantes canarios en relación con la Universidad de La Laguna. Por otra parte, mucho me temo que esa desesperación les lleve a esterilizadores seudonacionalismos, esos nacionalismos que tanto abundan hoy en el mundo, y no sólo en el dizque Tercer Mundo. Mi único consejo a esos estudiantes isleños es que tengan presente el ejemplo de dos grandes canarios, don Benito Pérez Galdós y don Juan Negrín. Don Benito escapó a todos los ridículos regionalismos literarios de su tiempo y fue así un creador de significación universal. Y si don Juan Negrín fue el estadista español más europeo de los dos últimos siglos, en mucho, muchísimo, se debió a su condición canaria, al amplio horizonte de las islas.



"He habitado todos estos años una especie de isla española construida por los libros que me rodean en la biblioteca Widener, de Harvard".

El exilio de Marichal

—Usted ha estado fuera de España desde la guerra civil, y tardó muchos años en regresar, aunque los temas españoles han ocupado el centro moral de su vida y el núcleo intelectual de su obra. Todo indica que se ha puesto término a las condiciones que determinaron el exilio de tantos españoles. En vista de estas nuevas circunstancias, ¿piensa volver definitivamente a España? Actualmente, ¿se siente exiliado o simplemente un escritor español de ultramar?

—Desde que empecé a escribir, como decía en el prólogo a mi libro sobre Azaña, pensaba en lectores españoles, pensaba para los lectores españoles posibles de mis escritos. Y aunque amigos y colegas de Harvard me han pedido que escribiera en inglés, lo he hecho sólo muy ocasionalmente, porque aspiraba, sobre todo, a ser un escritor de lengua y pluma española. En cuanto a lo del exilio, sí, claro, he querido vivir fuera de España porque me repugnaba el caudillismo, porque no concibo la vida intelectual, ni cualquier vida, sin libertad individual. Pero puedo decir que he habitado todos estos años una especie de isla española, la que constituyen los libros que me rodean en la biblioteca Widener de Harvard. A veces, cuando estoy solo en esa isla española e hispanoamericana, entre miles y miles de libros de lengua española, siento cuánta suerte he tenido en medio de tantas catástrofes colectivas. ¿Cómo me siento ahora? Desde luego,

me gustaría poder incorporarme a la vida española, pero, claro, eso no depende de mí. Es decir, todos mis diplomas académicos, desde el Bachillerato al doctorado, son títulos de otros países, no reconocidos en España. Soy un profesor que vive de su trabajo docente.

Trabajos en preparación

—¿Qué proyectos intelectuales le ocupan en estos momentos?

—Mi proyecto inmediato es rehacer mi libro sobre Azaña, "La vocación de Manuel Azaña", para ponerlo al día, y para dar su versión verdadera al público lector español, pues cuando "Cuadernos para el diálogo" lo pudo finalmente distribuir en mil novecientos setenta y uno, hubo que hacer cambios, que no alteraron el texto, pero que fueron una imposición de la censura. Quiero, además, ponerlo al día en varios aspectos muy importantes. También estoy agrupando varios ensayos y conferencias que he hecho en estos años pasados, centrados todos esos trabajos en la relación entre el intelectual y la política en la Historia de España y de la América de lengua española. Y acabo de enviar a Madrid, para su próxima publicación, el texto de las conferencias que di en la Fundación March, en enero, con el título de "Cuatro fases de la Historia intelectual de la América Latina (mil ochocientos diez-mil novecientos setenta)".

—En la solapa de su último libro, "Tres voces de Pedro Salinas", se habla de que prepara ac-

tualmente una Historia intelectual y política de la España contemporánea, mil novecientos nueve-mil novecientos treinta y nueve. ¿Cuándo piensa concluir ese estudio?

—Espero acabarlo el año próximo, cuando dispondré de tiempo libre, con una licencia sabática, y estaré varios meses en la Península y en Canarias. Porque quisiera repasar algunos libros y revistas que sólo se encuentran en bibliotecas españolas; pero, sobre todo, necesito sentir directamente el clima de la nueva democracia española para poder concluir mi estudio. Siempre he mirado hacia el futuro al ocuparme de la Historia española. En mi pasión, porque es pasión, por la Historia de la España contemporánea, es decir, por los treinta años mil novecientos nueve-mil novecientos treinta y nueve, ha actuado el sentimiento de que no era una Historia terminada, sino temporalmente cercenada. Y, además, el convencimiento de que esos treinta años de la Historia intelectual española han sido, quizá, los más ricos de toda la Historia de España, y, muy particularmente, los de mayor significación universal.

—¿Qué fue de su librito "El nuevo pensamiento político español", editado en Méjico en mil novecientos sesenta y seis, y que en España ha estado prohibido durante muchos años?

—Ese librito ha sido reimpresso en Méjico por su editor, Alejandro Finisterre, hace ahora cuatro años, en mil novecientos setenta y cuatro. Finisterre, que está ahora gran parte del año en Madrid, trató de conseguir el permiso de distribución en mil novecientos setenta y cinco y mil novecientos setenta y seis, pero no recibió respuestas claras. Creo que desde la primavera de mil novecientos setenta y siete se distribuye, pues el verano pasado, la librería del Fondo de Cultura en Madrid lo exhibía en el escaparate que fue roto y quemado por unos desalmados. El origen del librito fue la serie de artículos que publiqué en mil novecientos sesenta y seis en la revista "Mañana", que se publicaba en París. Quise, sobre todo, mostrar a los españoles exiliados que en España había habido cabezas valientes como Aranguren, como Tierno Galván, como el malogrado Vicens Vives, como Giménez Fernández, que habían expuesto, en formas diversas, ideas opuestas al caudillismo, y que además habían tenido esas ideas una difusión considerable a pesar de todos los obstáculos y todos los peligros. Espero poner un poco al día este librito, para ver si puede interesar a alguna editorial, porque me gustaría que se conocieran algunos ensayos de los que recogí junto con los artículos mencionados. Por ejemplo, el ensayo, que fue primero un discurso en inglés en Nueva York, de homenaje a la memoria de todos los hombres que dieron sus vidas en defensa de la República: "El legado moral de la guerra de España".

Juan Marichal: una reflexión comprometida sobre las realidades españolas. Esta entrevista es buena muestra de su continuo compromiso, cuyo lema podrían ser los versos de Antonio Machado, con que Marichal iniciaba su libro sobre Azaña:

**Hombres de España,
ni el pasado ha muerto
ni está el mañana
—ni el ayer— escrito.**

P. F.

Fotos: RICK STAFFORD
(Harvard University).